

De lectores y libros

Marta Rivera de la Cruz
Escritora

Hace unos días, en concreto el 17 de marzo, llegó a las librerías mi última novela, “La importancia de las cosas”. Hace casi cinco meses que acabé el texto, en el que llevaba trabajando más de un año. Así que, si echamos cuentas, la aventura de esta última novela empezó hace ya setecientos treinta días, y tiene – como todas las aventuras – un final incierto. A partir del día 17, el libro - y la historia que en él se cuenta – dejará de pertenecerme por entero, y se convertirá en propiedad de todo aquel que lo lea. Jorge Luis Borges decía que no hay libros, sino lectores, y a mí me gusta creer que cada persona que se acerca a una novela que he escrito lo hace aplicando a ella sus propias emociones, su propia experiencia. Por eso la escritura acaba convirtiéndose en un diálogo entre dos personas que ni siquiera se conocen: el autor y su lector, que da verdadera vida al libro.

Lo reconozcamos o no, para todos los escritores las fechas previas a la salida de un libro son motivo de ansiedades difíciles de entender. El trabajo ya está hecho. La novela, que luce cubierta, contraportada y solapa, aguarda en un almacén su primer despertar. Para un libro, ese momento llega cuando alguien los saca de la caja de embalaje y lo coloca en la mesa de novedades, y el instante supremo, el beso de la bella durmiente, cuando alguien lo coge entre las manos y lee la primera página.

Hace dos años, cuando acababa de salir mi novela “En tiempo de prodigios”, vi

como una mujer tomaba un ejemplar de la mesa de novedades de la librería y leía con atención el resumen que aparecía en la sobrecubierta. Sentí algo parecido al vértigo, mi estómago se puso del revés y noté que la boca se me secaba. Ni siquiera sé si aquella señora compró o no mi novela: salí de la librería tan rápido como pude, sintiéndome completamente idiota, dominada por una sensación de pánico incapaz de controlar ni de explicar.

Para un autor, el veredicto de los lectores es la última fase del largo, larguísimo proceso de la escritura. Pese al respeto – y el miedo cerval – que nos inspira la crítica, nada nos impone tanto como la opinión de aquel que ha dedicado unos euros y, lo que es más importante, unas horas de su vida, a hacer real y tangible la historia que, durante mucho tiempo, ocupó un modesto lugar en nuestra cabeza y nuestra vida. El gran Álvaro Mutis, Premio Cervantes y padre de una magistral galería de tipos literarios, me dijo un día “el placer de escribir está en encontrar a alguien que recuerda un personaje que he creado”. Me he repetido esa frase muchas veces: no hay nada más hermoso para un autor que el escuchar de boca de un lector un elogio referente a un protagonista, a una trama, a una línea afortunada.

A los escritores nos preguntan muchas veces para qué escribimos. Hay toda una selección de respuestas brillantes. Vargas Llosa dijo un día “Escribo porque no soy feliz”.

Gabriel García Márquez contestó “escribo para que mis amigos me quieran más”. Otro autor dijo que escribía “para ayudar”. Cuando me plantean esa cuestión, digo que escribo por lo mismo que leo: para vivir otras vidas. Pero, pensándolo bien, creo que también escribo para crear un cauce de comunicación con personas cuyos nombres desconozco y que pueden llegar a identificarse con la historia que les cuento. El maestro Mutis tenía razón: no hay nada más bonito que encontrarse a un lector que ha hecho suyo un argumento, un personaje, un capítulo del libro que han leído.

Sólo los autores sabemos cuántos miedos, cuántas dudas, cuántas incertidumbres se ocultan tras las páginas de un libro, pero también cuánto amor ponemos todos en las historias que escribimos. Por eso nos da pánico que comience la segunda parte de la historia, aquella sobre la que ya no tenemos control, cuando nuestro pobre libro se convierte en un modesto barco de papel

que intenta enfrentarse a la tempestad de las críticas y al juicio implacable de quienes van a leerlo.

Mientras redacto estas líneas, tengo frente a mí un ejemplar provisional de

Para un autor, el veredicto de los lectores es la última fase del largo, larguísimo proceso de la escritura

“La importancia de las cosas”, y sonrío al pensar en las horas, los días, los meses que hay detrás de esas cuatrocientas páginas. Cuando el libro sea de otros, tendré que aprender a mirarlo desde la distancia, como mira el padre al hijo que se ha independizado y que ya no le necesita para nada, pues está empezando a vivir su propia vida. Supongo que la suerte ya está echada, y sólo espero que llegue el momento en el que mi historia se hace adulta de la mano de

otras personas. Aguardo, pues, el juicio – y, por qué negarlo, la benevolencia – de quienes a ella se acerquen.

Lo que sé es que cuando el libro esté colocado en las librerías, cumpliré con un ritual que repito desde que publiqué mi primera novela: abriré, para celebrarlo, una botella de vino, y brindaré pensando en mi novela y cruzando los dedos para desearle suerte en su particular singladura. Siempre he pensado que el entrecuchar de dos copas, el aroma de la uva fermentada, y la fascinante escalera de sensaciones que deja en el paladar un sorbo de un buen vino, constituyen la mejor forma de invocar a la diosa Fortuna.

Desde aquí me atrevo a hacerles una petición muy especial: les ruego que, si se acuerdan, incluyan “La importancia de las cosas” entre los buenos augurios de su próximo brindis. Los libros, los autores y sus historias necesitan, más que nunca en estos momentos inciertos, toda la suerte del mundo.

Marta Rivera de la Cruz nació en Lugo en 1970. En 1988 se trasladó a Madrid para cursar estudios de Periodismo en la Facultad de Ciencias de Información de la Universidad Complutense, por la que se licenció en 1993. Realizó estudios de postgrado en la misma Facultad, obteniendo el título de Especialista en Comunicación Política y completando el tercer ciclo de Doctorado en el Departamento de Filología. Fue durante esa etapa cuando integró el equipo fundador de la revista electrónica “Espéculo”, primera publicación literaria española difundida vía internet.

En 1996, y tras ser finalista del Premio JB de Novela Corta, obtuvo una beca para pasar un trimestre académico en la Universidad de Oxford, donde siguió dos cursos como alumna y fue invitada a pronunciar una conferencia por el Departamento de Español. Durante su estancia en Oxford empezó a escribir “Que veinte años no es nada”, con la que, en 1998, obtuvo el Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla, la



novela resultó ser un éxito de crítica y de ventas: se hicieron tres ediciones de cinco mil ejemplares cada una, además de una edición de bolsillo y otra de quiosco. En 2000 publicó “Linus Daff, inventor

de historias” y en 2002 “Hotel Almirante”. También es autora de tres libros de ensayo: “Fiestas que hicieron historia”, “Tristezas de amor” y “Grandes de España”, y ha publicado relatos cortos en diferentes volúmenes colectivos. En 2006 fue finalista del Premio Planeta con “En Tiempo de Prodigios”. Como editora fue responsable de la recopilación “Cuentos de Navidad”, y de la última edición de la obra de Alejo Carpentier “La Ciudad de las Columnas”. Como periodista, ha desarrollado su labor en diferentes medios audiovisuales y escritos. En la actualidad colabora habitualmente en “El País Semanal” y en el programa de radio “Al sur de la semana”, de la Cadena COPE. Además, ha publicado artículos y reportajes en revistas como “Marie Claire”, “Vogue” o “AR”.

En 2008 recibió el Premio de Periodismo Puro Cora, otorgado por el Grupo de Empresas El Progreso, y el Premio Anaya de Literatura Infantil con la novela “La primera tarde después de Navidad”. La última novela que acaba de publicar es “La importancia de las cosas” (Editorial Planeta).